

## AV. 10 DE JULIO HUAMACHUCO

**Nona Fernández**

Santiago de Chile: Uqbar Ediciones, 2007, 261 pp.

Hace algunos años, en una conversación con Nona Fernández, ella comentaba —a propósito de *El cielo*, su primera publicación—, que le interesaba trabajar la idea de recuperar en otros lo perdido. Dicha posibilidad implicaba, entre otros efectos, un juego de espejos que servía de puente entre el o la ausente y su actual reemplazo. Es este mismo concepto el que se concreta ahora en su última novela, *10 de julio Huamachuco*, título que permite jugar con dos de los principales sentidos de la novela: la venta de repuestos (“tan bueno[s] como la pieza que se perdió”) y la muerte, que se entremezcla sutil desde la alusión a la batalla ocurrida en 1883.

Siguiendo con las continuidades, el lector de *Mapocho* podrá reencontrar esas otras obsesiones que rondan la escritura de Fernández: la circularidad del tiempo, las ruinas que quedan tras el derrumbe de lo establecido y, sobre todo, esa dimensión ambigua donde los muertos y los vivos pueden encontrarse cara a cara y saldar deudas pendientes.

*10 de julio Huamachuco* es la historia de la amistad entre Juan y Greta en su época escolar, nombres que por sus orígenes nos remiten a la dicotomía que en *Mapocho* reflejaban el Indio y la Rucía. Tras el mal final que tiene la toma del liceo en el que estudian, se separan y no vuelven a verse; a pesar de que eran solo niños cuando se distancian, algo queda inconcluso entre ambos y ese pasado surgirá de pronto de manera impensada. Mientras tanto, han pasado los años y aunque no saben nada el uno del otro, sus vidas se entrecruzan y experimentan una serie de paralelismos que desembocarán, inexorablemente, en el reencuentro. Junto a ellos, deambularán una serie de personajes que contribuirán a acentuar esa sensación de que todas las acciones transcurren en una temporalidad estancada y asfixiante, invalidando así las escasas motivaciones que Juan y Greta puedan tener.

En otro plano, hay que constatar que si bien es una novela que tiene por protagonistas a dos adultos, está plagada de niños: de niños perdidos, de niños muertos, de los niños que alguna vez fueron y quedaron en el pasado, atrapados en una fotografía. Todos ellos van a dar, finalmente, a un espacio

infernal, a un limbo oscuro al que se entra por un portón metálico y del que no se puede salir. Son los “dañados”, y desde ese no-lugar surgirán sus voces y lamentos. En tanto, los que están “afuera” encontrarán en la calle 10 de julio la ilusión de que hay repuestos que puedan llenar esos vacíos.

La novela retrata, de ese modo, los clásicos miedos infantiles que muchas veces traspasan la barrera de los años y siguen atormentando en la adultez: el miedo a la oscuridad, al abandono, a que venga alguien por nosotros porque hemos cometido alguna falta. Dichos temores, junto a la desesperanza y a la inercia que envuelve a los personajes, nos lleva a cuestionar, en definitiva, la validez de la pieza de repuesto: pareciera que, en definitiva, no queda más que asimilar lo irreparable de la pérdida y asumir el duelo de la mejor manera, sin caer en la tentación de la sustitución.

Pero 10 de julio no es sólo la calle del repuesto. En la batalla de Huamachuco, el ejército chileno recibió la orden de no dejar prisioneros: todos los capturados debían morir. Ese legado de muerte también está presente en esta historia que toma como referente esta fecha con toda su carga histórica: fue un diez de julio que el liceo es tomado, con trágicas consecuencias. Muchos años después, será también ese día el que el furgón escolar en que viaja la Greta chica se desbarranque. En un extraño ritual catártico, la madre reconstruirá el vehículo con piezas compradas en la calle 10 de julio. Todos los repuestos serán de vehículos involucrados en accidentes donde han muerto niños.

Con esta novela, Nona Fernández retoma, como hemos visto, ciertas hebras recurrentes de su narrativa, pero también consigue que el producto final sea distinto a su producción anterior. Puede que el ritmo de la escritura no sea a ratos del todo ágil, o que por momentos resulte muy forzado el intento de marcar los paralelismos entre Juan y Greta, pero la mixtura de voces, tiempos y espacios crea un friso que, aunque desconcierta y hace que la lectura parezca perder la dirección, se consolida en un desenlace que retorna a lo fantástico a una novela que acababa de dejar de serlo: esa vuelta de tuerca será uno de los principales aciertos al replantear el sentido de la historia. Junto con ese juego, *10 de julio Huamachuco* hace también una crítica social al poner en evidencia esa parte oculta de la ciudad, aquello que, precisamente, se intenta tapar con tierra pero que, tarde o temprano, buscará la manera de emerger.

**Claudia Martínez**